

UNOS POCOS MESES DE SECRETARIA DE GABRIELA MISTRAL por  
Luce DePeron

Conocí a Gabriela Mistral cuando se le hizo un retrato para la carátula de su biografía escrita por el célebre intelectual eucatoriano, Benjamín Carrión. Me impresionó su porte y su discreta elegancia. Mujer alta y, en esta época delgada por sus enfermedades, de pelo blanco corto, ligeramente ondulado, nariz aguileña, pómulos salientes y ojos claros que resaltaban en contraste con su tez tostada. Vestía un terno tejido y un suéter de cashmere inglés de tonos celestes y habanos que armonizaban con colorido propio.

Mientras Gabriela posaba tranquila y plácida contaba que había aprendido esta serenidad mediante sus estudios de filosofía hindú y de los ejercicios de respiración yoga que luego me enseñó. Trabajamos una relación de mucha admiración de mi parte y de cariño de Gabriela hacia mí así que después de terminado el retrato la seguía visitando a menudo.

Ella vivía en Roslyn Heights, Long Island, una elegante urbanización de los suburbios de New York. Su casa era moderna, de dos pisos, y un pequeño jardín. Amoblada con la misma sobriedad y elegancia que su dueña con diseños modernos, funcionales, tapizados de tweed inglés. Un envidiable cubrecama de piel de alpaca blanca, algunas estatuas de bronce y alabastros hechos por su entrañable amiga boliviana, Marina Nuñez del Prado, y los tres gatos siameses que recorrían la casa, daban un toque suntuoso al ambiente.

Compartía su hogar con Doris Dana, joven escritora de 29 años, y anteriormente secretaria de Thomas Mann. Doris iba todos los días a New York, ocupada en forjarse una carrera de escritora de guiones para el incipiente mundo de la televisión, dejando a Gabriela sola todo el día. Por ello Gabriela me contrató como secretaria.

Una de mis principales responsabilidades como secretaria era leerle en voz alta los borradores de sus poemas escritos a máquina y sobrescritos a lápiz con varios sinónimos que eran motivos de la corrección. A pesar de que la memoria de Gabriela ya fallaba bastante, siempre me maravillaba la lucidez con que corregía sus borradores. Fue una experiencia privilegiada pues aprendí a distinguir las sutilezas del idioma español. Mientras esperaba su elección de palabras me gustaba tratar de adivinar cuál iba a ser, y poco a poco coincidía más frecuentemente con ella.

Gabriela pasaba bastante tiempo acostada bajo el cubrecama de alpaca contestando su tupida correspondencia. Me acuerdo de la vez en que la vi perder su habitual serenidad: había recibido una carta de Benjamín Carrión avisándole que su biografía se iba a titular Santa Gabriela Mistral, como parte de la serie llamado "Santos del Espiritu." El sentido de recatada modestia hizo que se indignara Gabriela y decía: "¿Cómo me va hacer esto, Benjamín, a mi? ¿Cómo me va hacer esto Benjamín?" A renglón seguido, mandó un cable prohibiendo este título, prohibición que Benjamín obviamente no acató.

En los días de primavera, luego de las sesiones de trabajo, íbamos a dar largos paseos en carro para mirar el mar que Gabriela añoraba, pues no era feliz viviendo en su urbanización solitaria. Anhelaba viajar y regresar a los países soleados. Se llamaba a sí misma "patiloca". Pero su salud ya no estaba para estos ajetreos.

Nunca olvidaré el difícil fin de semana que pasé cuando la acompañé a dar una conferencia en Mount Holyoke College: el viaje fue largo, cinco horas en tren. A medida que viajábamos Gabriela se volvía sombría y mal humorada: ya no quería dictar su conferencia y amenazaba con bajarse del tren en marcha. Cuál fue mi sorpresa, a la llegada, ver a Gabriela nuevamente serena saludando al comité de recepción con una encantadora y radiante sonrisa. Esta tranquilidad no duró mucho. Antes

de la cena, en vez de reposar, tuvo una nueva crisis. Llamé a la casa para saber qué pastilla debía darle, a cuál médico llamar. Pero Doris no le atribuyó importancia al hecho pues "así mismo se pone", señaló. Efectivamente, Gabriela se recuperó para la cena. Encantó a todas las alumnas y al cuerpo docente con su sutil humor, la belleza y carisma de su presencia. Pero leyendo su discurso escrito no volteaba las páginas y en algunas ocasiones volvía a leer el mismo texto. Yo traté de ayudarle a recobrar el hilo de la conferencia, pero se puso muy brava conmigo y seguía campante releendo sus textos. Me tocó a mi arrepentirme de haber ido.

Esta última época de su vida (murió dos años después) fue de añoranza. Añoranza de sus años de maestra. Amargura por la muerte de su novio y de su sobrino. Remembranza de los tiempos con sus amigos en París, México, Cuba. Agradecimiento a sus amigas guayaquileñas que la postularon para el premio Nobel. Pena de que no habían otorgado el mismo premio a su amigo Alfonso Reyes de México, a quien consideraba más merecedor del galardón que ella. Pero de tantas anécdotas que me iba relatando en nuestros momentos juntas, la que más me marcó fue cuando recibió su premio Nobel.

Me contaba que al llegar a Suecia descubrió que había un señor que no hacía "nada más" que pasarse todo el año leyendo los autores postulados para dar un informe final. En seguida, Gabriela, curiosa como siempre, fue a preguntarle por qué había sido seleccionada ella y con qué criterio evaluaba los textos. El señor le respondió que él buscaba una obra que expresara un nuevo tema en la literatura y que Gabriela Mistral plasmaba por primera vez la soledad de la mujer sin hijos.

"Es decir - finalizó Gabriela Mistral con una leve sonrisa - yo había ganado el premio Nobel por describir mi fracaso como mujer."